

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA. DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

¡Ay qué escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

¿Con que usted, á lo que parece, no ha salido?

(Se sientan Doña Irene y Don Diego.)

D. DIEGO.

No señora. Luego, mas tarde daré una vueltecilla por ahí.... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no.... ¡Y qué mosquitos!

Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar.... Pero, mire usted, mire usted *(Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el dialogo.)* cuántas cosillas traigo. Rosarios de nacar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal.... mire usted qué bonita, y dos corazones de talco.... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí! ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!.... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia, ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El pobre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de Doña Irene.*), guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas. . . . ¡Válgate Dios! ¡eh, ya se ha roto la Santa Gertrudis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo. . . . (*Siéntase Doña Francisca junto á Doña Irene.*) Mi hermana es la que sigue siempre

bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno. . . . Pero vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. . . . Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebró que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, la tia de acá está muy contenta, y en cuanto á la de allá, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por todo. . . . Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y. . . .

D. DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero. . . .

*

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre.....

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

(Se levanta, y vuelve á sentarse.)

DOÑA IRENE.

No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, Doña Gerónima de Peralta..... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el electo obispo de Mechoacan.

D. DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que

fue un quebranto para toda la familia..... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo Don Cucufate, régidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su Ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Válgate Dios qué moscas tan.....

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

D. DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí señor, pero como la familia ha venido tan á menos..... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades..... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida, y ¿quién sabe que el día de mañana no se imprima con el favor de Dios?

D. DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es, que el autor, que es sobrino de

mi hermano político el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. DIEGO.

¿Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO.

¿Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiere usted *(Se levanta, y despues, al acabarse la escena, hace una graciosa cortesía á Don Diego, da un beso á Doña Irene y se va al cuarto de ésta.)* que le haga una cortesía á la francesa, señor Don Diego?

D. DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

D. DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE. DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebatá.

DOÑA IRENE.

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecós de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de conside-

rar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

Quisiera solo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y....

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

Sí, no lo dudo, pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza, pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor Don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre, yo le quiero á usted.

D. DIEGO.

Bien, si fuese un hombre á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que.... Además, que hay ciertos modos de explicarse....

DOÑA IRENE.

Connigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene.... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche despues que usted se fue á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta....

D. DIEGO.

¡Calle! ¿Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo. ¡Buenas cosas la dije! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo. ¡Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña sin juicio ni experiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es, que aún no

habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto Don Epifanio que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso. y al mismo tiempo mas divertido y decididor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. DIEGO.

Buena edad. No era un niño, pero.

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy. Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la gineta. No señor. Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. DIEGO.

¡Oiga!.... Mire usted si dejó sucesion el bueno de Don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Si señor, ¿pues por qué no?

D. DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con..... Bien que si uno hubiera de hacer caso..... ¿Y fue niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y.....

DOÑA IRENE.

¡Ay señor! Dan malos ratos, ¿pero qué importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Si señor.

D. DIEGO.

Ya se ve que será una delicia y.....

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de ser?

D. DIEGO.

Un embeleso, el verlos jugar y reír, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que.....

ESCENA V.

SIMON. DOÑA IRENE. DON DIEGO.

SIMON.

(Sale por la puerta del foro.)

Señor, el mayoral está esperando.

D. DIEGO.

Dile que voy allá..... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (Entra Simon al cuarto de Don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.) ¿Con que supongo que mañana temprano saldremos?